

REFLEXIÓN CAMPAÑA CONTRA EL HAMBRE

Sexto del Tiempo Ordinario

14 de febrero de 2021

«Un leproso se acercó a Jesús».
(Mrc. 1,40-45)



Ya sabemos que en el tiempo de Jesús (y antes) ser leproso suponía ser un excluido, alguien que no tenía derechos ni podía estar donde estaba la gente; debían mantenerse fuera de las ciudades, y por supuesto fuera de «la ciudad» (Jerusalem con su Santo Templo). Era un «descartado» de cualquier contacto humano: ni caricias, ni abrazos, ni gestos de cariño o de cercanía...

En tiempos de Jesús la lepra se curaba difícilmente, se les colgaba en el cuello una campanilla y se los aislaba para evitar contagios, lo que suponía discriminación y marginación.

Un marginado es aquel que, como la misma palabra lo dice, está al margen. Está excluido: de los beneficios de la sociedad, de la cultura, del trabajo, de la salud, de la educación, del alimento necesario para subsistir, de una vivienda digna, del calor del hogar, de la convivencia social, de la sociedad, de los servicios sociales y religiosos.

Seguramente ahora que casi no podemos tocarnos, ni abrazarnos, ni darnos un beso, a consecuencia del coronavirus, comprendemos mucho mejor a los leprosos de aquellos tiempos. Especialmente tantas personas mayores encerradas en casa, la mayoría sin acceso a las nuevas tecnologías. Pero también muchos jóvenes, para los que tan necesario es el contacto social y personal. Este virus nos ha aislado, nos ha encerrado, nos ha hecho cogerle miedo a los otros... que se convierten en una amenaza, incluso los más queridos y cercanos.

Hoy la lepra sigue presente en 114 países, pero se cura fácilmente, aunque puede provocar discapacidades.

Jesús sintió lástima ante la llamada del leproso, alargó la mano y lo sanó.

Hoy, celebramos la campaña contra el hambre con el lema **CONTAGIA SOLIDARIDAD PARA ACABAR CON EL HAMBRE**, ... Estamos convocados por la llamada de la ONG, **Manos Unidas**, organización No Gubernamental de Desarrollo, católica, de voluntarios. Una ONG que tiene como misión la lucha contra el hambre, la miseria, la desigualdad y la exclusión; y, sobre todo, contra las causas que las producen y las estructuras injustas que las mantienen.

Se nos invita a no quedarnos quietos, a *“mirar a nuestro entorno, y observar ¡cuántos hombres y mujeres, jóvenes, niños... sufren y están totalmente privados de todo! Y esto no pertenece al plan de Dios”*.

Las cifras son escalofriantes... Cada hora se mueren en el mundo mil niños y niñas por desnutrición, enfermedad y miseria. Niños que sólo nacen para pasar hambre, sufrir una enfermedad y morir. Casi 11 millones de niños de menos de 5 años mueren, cada año, como consecuencia directa o indirecta del hambre.

El hambre produce al día 40.000 muertos. Y la situación tiende a empeorar, más ahora con motivo de la pandemia del coronavirus. un informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo señala que el crecimiento económico *“ha fracasado para la cuarta parte de la población del mundo... de modo que 89 países están en peor situación económica que hace diez años”*.

Preferimos conocer la realidad mediante las estadísticas, que no acercándonos a ella. Preferimos ver la realidad del sufrimiento por las páginas del periódico, por la televisión, por las redes sociales..., que no verlas en directo.

Jesús primero deja que el sufrimiento del leproso llegue a su corazón, por eso *“sintió lástima”*, y, solo entonces, pudo alargar su mano, tocarle y sanarle.

El dolor y sufrimiento de los demás no duele en las estadísticas. Duele cuando lo vemos, cuando toca primero nuestro corazón, para que luego nuestras manos le puedan tocar a él.

Tenemos que acostumbrarnos ver al otro como hermano, de conmovernos con su vida y con su situación, más allá de su proveniencia familiar, cultural, social...

Tenemos que construir la historia en fraternidad y solidaridad, en el respeto de la tierra y de sus dones, sobre cualquier forma de explotación...

Hemos de renunciar al individualismo: recuperar la memoria agradecida y reconocer que, nuestra vida y capacidades, son fruto de un regalo tejido entre Dios y muchas manos silenciosas.

Muchas veces no podremos sanar las heridas del hermano, pero sí podremos llevarle un poco de calor, un poco de humanidad.

El gran problema que tenemos en nuestras relaciones es la insensibilidad frente al otro. Es esconder el corazón. Y mientras el corazón no siente, las manos las llevamos en el bolsillo.

¡Cuánta bondad podríamos expresar con nuestras manos tocando al que sufre!
¡Cuánta paz y serenidad podríamos llevar al corazón que sufre con un simple abrazo, con una sonrisa, con estrecharlo contra nuestro pecho.

No se solucionan los problemas con el “*no podemos*”... No podremos solucionar muchos problemas, pero podemos humanizarlos.

Jesús pudo decirle: “*Quiero, queda limpio.*” Nosotros no podremos hacer lo mismo, pero cuántas llagas dolerían menos si nuestros corazones fueran un poco más sensibles.

Cuántas llagas seguirán doliendo, pero el corazón de los que sufren podría respirar un poco más paz y alegría.

¡Valoremos nuestras manos y calmemos el dolor del hermano!

¡Valoremos nuestros brazos y sepamos hacerles sentir nuestro cariño a los demás!.